

5º Paso. La alegría de la comunión.

Era la tarde del 18 de marzo de 1938.

«Al pie de las escalinatas del Clínico (Facultad de Medicina) se detiene una ambulancia. De ella sacan los sanitarios una camilla con un joven, que, al juzgar por su fisonomía, está muy grave.

–A la sala de prisioneros, número 17, cama 6, infecciosos –ordena una voz.

Han acudido enfermeras, sanitarios y alguna Hermanita de la Caridad. Aquel joven es Ismael Molinero; humilde y expresivo, les dice a algunos de los que allí había:

*– **Quiero comulgar mañana. Estoy muy mal. Decidlo al Padre capellán de aquí** –y en vez de entregar la carta de recomendación, la oculta, porque quiere consumir su martirio del silencio.*

Vino la noche. Ismael no descansaba. Con la felicidad de pensar en tener a Jesús, dentro de unas horas, en la intimidad de su corazón se olvidaba de los dolores.

Antes de apuntar el alba del día 19, San José, ya estaba despierto. Oraba... Por la galería llegaba el tintineo de la campanilla que anunciaba que venía Jesús.

Por allí, cerca de su lecho (sobre el que pendía la ficha de prisionero) pasa el capellán. ¡Al fin, después de dos años iba a tener la dicha de albergarlo en su alma!

El capellán pasó junto a él, pero siguió adelante y salió de la sala.

Él pudo pedir, llamar la atención, manifestar sus ardientes deseos de comulgar; pero comprendió que hasta eso le pedía el Señor, y generoso y sublime se lo ofreció. Solamente unos días más tarde se le escapó esta queja, como un suspiro, que deja entrever su alma:

*– **El Señor me quiso privar de este consuelo para mí tan grande.***

Hubo una enfermera, muchacha valiente y caritativa, de A.C., evadida de Barcelona roja, que se llamaba Aurora Álvarez, prestó sus servicios en el

Clínico. Ella fue quien se impresionó con la conducta de Ismael y así anota su impresión:

“El 19 de marzo de 1938, al entrar en la sala 17, llamó mi atención un enfermo recién ingresado que ocupaba la cama n° 6. Pasé toda la mañana ocupándome de los demás enfermos; como él no me pedía nada, no me acerqué a su lecho. Por la tarde seguía lo mismo y pronto pude observar que apenas hablaba con sus compañeros. Extrañada de tan misterioso silencio me preguntaba a mí misma: ¿Será uno de tantos rojos que no está contento de estar a nuestro lado? Por otra parte, aquel semblante tan dulce y aquella mirada de bondad, que expresaba la inocencia de su alma, no me dejaban suponer que pudiese ser cómplice de tantos crímenes, ni que sus manos estuviesen manchadas de sangre. ¿Sería bueno? Y ¿por qué no lo decía?”.



Aurora Álvarez.

El día 20 por la tarde, Ismael recibió la inesperada visita de dos paisanos suyos. Uno de ellos era Alfredo Salinas –consuegro de Luis Molinero, hermano de Ismael–, que se había cruzado en el frente a la España de Franco. Ismael sufrió una pequeña emoción y como ésta se desata siempre en lágrimas, de sus ojos salieron dos regueros. Pronto, sin embargo, se animó la conversación e Ismael contó a sus paisanos parte de sus sufrimientos.

Pero ni les pidió ayuda, ni se les quejó de nada. Sufría en silencio.

Cuando éstos se retiraban, la enfermera llamó a Alfredo y le preguntó.

– Oiga soldado, ¿quién es ese joven?

– Ismael Molinero, paisano mío.

– *¿Es un buen muchacho?*

– *Uno de los mejores de Tomelloso. Ha sido Secretario de la A. Católica. Es un joven ejemplar. Yo me voy al frente, cuide usted de él.*

Aurora, la enfermera, se maravilló de lo que oía y, acercándose a la cama de Ismael, le dice:

– *¿Es usted de Acción Católica?*

Por toda respuesta, hizo un gesto como de quien no comprende. Estaba dispuesto a prolongar o reanudar de nuevo, el sacrificio del silencio. Únicamente, como dando salida a algo que le atormentaba el corazón y para eludir la respuesta, dijo:

– ***Como puede ver, me encuentro bastante mal y sólo siento morir, sin ver a mis padres.***

–*No piense en eso; ahora no piense más que en ponerse bien, para ir a verlos. No le entristezca la idea de estar en calidad de prisionero; para mí ya no será un prisionero de tantos y en mí encontrará, más que una enfermera, una hermana, usted no me lo dice, pero yo ya sé que pertenece a A. Católica, a la que yo también pertenezco. Como miembro de la misma, y más en estas circunstancias, es mi deber hacer por usted cuanto pueda.*

La expresión triste de Ismael, se torna dulce, sus ojos lucen un airón de gratitud y besando la mano de aquella joven que lo consuela y lo alienta, solloza:

– ***Es la primera palabra de cariño que oigo desde que salí de mi casa, pues durante mi estancia en la España roja, no oí más que insultos: y lo que más me apenaba era no oír el nombre de Dios, sino era para maldecirle... »***

«Y ya, roto el silencio, comenzó a sonsacar detalles que quería saber de aquel enfermo:

– *Dígame, ¿hace mucho tiempo que está prisionero y enfermo?*

– ***Dos meses llevo en San Gregorio y uno que estoy enfermo.***

– *¿Qué hacía durante aquellas horas largas de encierro en la prisión?*

– Me retiraba a un rincón y por los dedos rezaba varias partes del Rosario para que España triunfase. No me arredraba el sufrimiento físico, pero me abrumaba la tristeza de no encontrar entre tantos prisioneros alguno que pensara igual que yo. Tan sólo cuando nos sacaban a trabajar y veía a algún sacerdote, sentía deseo de burlar la vigilancia y lanzarme a él y echarme en sus brazos y abrirle mi corazón. Me contenía. Un día habíamos ido a trabajar a la ciudad, muy junto al Pilar. ¡Ay, mi Virgen del Pilar a la que no he visitado! Acabábamos de montar en el camión de regreso; vi a un sacerdote, sentí que mi corazón saltaba del pecho y que todo mi cuerpo me exigía saltar a la tierra y hablar a aquel representante de Dios... Fue tan grande la excitación, que para dominarme me tapé con la manta la cabeza y arrancó el camión... y lloré amargamente; ¡pero también aquel día resistí!

– Pero, ¿por qué no dijo usted quien era y hubiese evitado el sufrimiento?

Ismael se resistía a contestar a esto; pero ante la insistencia de la enfermera, respondió sencillamente:

– ¡Dios me pedía este sacrificio y con su ayuda he podido consumarlo!».

«Ismael se cansaba. Lo notó la enfermera y desistió de hablarle más por aquella tarde. No tardó en comunicar algo a otras amigas.

Aquella misma tarde, momentos antes de llegar sus paisanos, se puso a escribir una nota a su madre, que quizá pensó enviarla por la correspondencia postal de la Cruz Roja. Es un espejo donde se retrataba su conformidad con la voluntad de Dios.

“Madre, seguramente estas cuatro letras serán las últimas que usted vea de mí, las que le llenarán de gran pena; pero no hay que tener pena en estas cosas de Dios. Fui hecho prisionero en Alfambra; me trataron muy bien y me trajeron a Zaragoza, donde estuve con la más perfecta comodidad y bienestar.

Vino un día en que me acometió una gran enfermedad, que tan sólo si Dios lo permite, puede ser curada.

Así que paciencia y resignación. Dios lo quiere así. ¡Bendito sea!”.

Por no hacerles padecer, oculta su calidad de prisionero en un campo donde sufrió mucho con los trabajos, tratos poco delicados y soledad inmensa de que se vio rodeado.

Limpiando y ordenando Aurora la mesita de Ismael, tropezó con un sobre que decía: Señor capellán de ese Hospital.

Sorprendida, se dirige al paciente:

– Ismael, ¿qué es esto?

– Ya lo pueden romper, no era nada.

Disimuladamente lo metió en un libro de medicina que manejaba y cuando terminó, salió a la galería y leyó la carta. Era la de don Ignacio Bruna, recomendando a Ismael.

No pudo contenerse y se fue hasta él, pidiendo una explicación.

– ¿Qué significa esto? ¿Quién te la dio?

Ismael no contesta, cierra los ojos y aprieta los labios y vuelve la cabeza, como para hacerse fuerte; no le valió y ante el ataque femenino respondió, por fin:

– Quiero pasar inadvertido, quiero sufrir, y si entregaba eso, me considerarían y terminaría mi sacrificio.

Y como para desviar la atención y deshacer el afecto que sus palabras han hecho en la enfermera, continuó:

– Mañana quisiera comulgar; lógreme usted esa dicha antes de marcharse. El día de San José, al llegar, no sé por qué no me quisieron dar la comunión. El Señor me quiso privar de este consuelo para mí tan grande, ¡tengo tantos deseos!

–Ya hablaré con el capellán; no te preocupes. Si te negaron la comunión, es porque el Padre no acostumbra a darla a los prisioneros, hasta que no los examina, pues como todos están sin formación religiosa o con muy poca, se la niega hasta que los prepara».

«Al día siguiente» recibió, por fin, la comunión de manos del capellán que, «enterado de quién era y de lo grave de su enfermedad, le dio la Comunión

sin dificultad. La enfermera lo encontró con las manos cruzadas, los ojos entornados y en una expresión beatífica, más acusada la palidez del rostro. Se acercó quedamente y le preguntó:

– ¿Duermes?

– No; estaba dando gracias. ¡Que feliz soy con Jesús en mi corazón! Después de tanto ansiar en vano comulgar, es hoy el día más feliz de mi vida. ¡No es nada lo que he sufrido en comparación con la alegría que hoy invade mi alma! Déjeme dar gracias por beneficio tan inmenso.

La enfermera le ofreció un Rosario que traía para él y esto vino a completar su alegría; lo recibió con notoria emoción:

– No, no me lo ponga debajo de la almohada donde pueda extraviarse; póngamelo aquí, al brazo, y no me lo saque hasta después de muerto; después se lo envía a mi madre, como último recuerdo de su hijo».

Era la primera comunión que recibía desde hacía dos años.

Y se quedó solo, en silencio, dando gracias a Dios.

Silencio insondable donde sólo Dios habita y se manifiesta a quien le escucha.

ORACIÓN: Para recibir la Sagrada Comunión con el deseo, la pureza, la dignidad y la alegría del Siervo de Dios, dando gracias en silencio.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.
